

MERCEDES RON

AUTORA DE *CULPA MÍA*

DÍMELO

bajito



Kamila Hamilton lo tenía todo bajo control... o eso creía: no entraba en sus planes que los hermanos Di Bianco volvieran de nuevo para poner su mundo al revés.

Thiago fue quien le dio su primer beso.

Taylor el que siempre la protegió.

El regreso de los hermanos hace que la vida aparentemente perfecta de Kami se tambalee. Ella ya no es la niña inocente que conocieron: desde que se fueron, parece que nadie puede acceder realmente a ella... nadie excepto ellos.

¿Podrá resistirse Kami a la simple presencia de Thiago?

¿Qué sucederá cuando Taylor comience a mirarla diferente?

¿Estallará todo en mil pedazos una vez más?

Índice de contenido

Cubierta

Dímelo bajito

Dedicatoria

Prólogo. Kami

1. Kami

2. Thiago

3. Kami

4. Thiago

5. Kami

6. Thiago

7. Kami

8. Kami

9. Kami

10. Taylor

11. Kami

12. Thiago

13. Kami

14. Taylor

15. Kami

16. Thiago

17. Kami

18. Taylor

19. Thiago

20. Kami

21. Taylor

22. Kami

23. Kami

24. Thiago

25. Kami

26. Kami

27. Kami

28. Thiago

29. Kami

30. Taylor

Epílogo. Thiago

Agradecimientos

Sobre la autora

*A mi familia de Bali, gracias por hacer
que me volviera la inspiración*

Prólogo

KAMI

Aún recuerdo ese día como si fuese hoy. Me había levantado a las doce en punto, tal y como habíamos acordado, y solo eso ya era algo por lo que sentirse nerviosa. Nunca me habían dejado estar despierta hasta tan tarde: a las diez ya tenía que estar contando ovejas..., pero no esa noche, no aquel día. Saqué mi linterna rosa, de la que estaba totalmente orgullosa sin importarme que Taylor se metiera con ella, y la metí en mi mochila. Ya estaba vestida y solo tuve que hacerme las trenzas. Con diez años eso era la última moda. Me asomé por la ventana y sonreí al ver cómo a lo lejos una linterna se apagaba y se encendía en una ventana del piso superior de la casa de mis vecinos. Era la señal.

Con un cosquilleo en el estómago saqué la cuerda con nudos de debajo de mi cama y, tal y como Taylor me había enseñado, la até a la pata de la mesa. Cuando vi que estaba bien asegurada, saqué la cuerda por la ventana y respiré hondo para armarme de valor. Aquella noche iba ser lo más: íbamos a colarnos en la casa del señor Robin y a robarle todo el chocolate que escondía en el sótano. El señor Robin era un viejo cascarrabias, dueño de la chocolatería

del pueblo, y la persona más tacaña que había llegado a conocer. Siempre nos enseñaba los dulces que traían a su casa, pero nunca nos daba más que una piruleta, el muy cretino, y era evidente que nos odiaba, a mí y a los hermanos Di Bianco: Taylor y Thiago.

Taylor tenía mi misma edad y era mi compañero en todas mis aventuras, y Thiago... Bueno, lo había sido, pero desde que había cumplido los trece había decidido que pasaba, cito textualmente, «de tonterías de críos». Pero no esa noche, esa noche había decidido acompañarnos y yo sabía que, aunque se hiciese el estirado y nos echase en cara que ya era un adolescente, estaba tan emocionado como nosotros.

Salí por la ventana y, justo cuando estaba por la mitad de la cuerda escuché que llegaban mis amigos y me susurraban desde abajo.

—¡Vamos, Kami, que nos van a pillar! —me gritó en silencio Taylor y eso solo hizo que me pusiese más nerviosa.

—¡Ya voy, ya voy! —contesté apresurándome, teniendo cuidado con no matarme en el proceso. Mi casa era muy grande y mi habitación estaba en el segundo piso, así que era un largo trecho, tanto que habíamos tenido que unir tres cuerdas para poder crear aquella escalera improvisada.

—¡Kam, date prisa! —dijo una voz distinta. Thiago, el único capaz de hacerme llorar y rabiar, el único que me llamaba Kam.

Una parte de mí siempre había querido demostrarle que era tan valiente como ellos dos, que no era una niña tonta y remilgada, a pesar de mis trenzas y los vestidos que mi madre me ponía, pero daba igual todo lo que hiciese. No importaba cuántos bichos cogiera, cuántos escupitajos tirara, cuántas aventuras viviese con ellos, Thiago siempre se reía de mí y me hacía sentir pequeña. Por ese mismo motivo odié cuando me cogió por la cintura y me bajó, impaciente, cuando ya apenas quedaba medio metro para llegar al suelo.

—No irás a echarte atrás ¿verdad, princesa? —me dijo, con aquella mirada traviesa que su hermano también había heredado. La diferencia es que cuando Taylor me miraba, me hacía sentir tranquila y capaz de todo; y si era Thiago el que clavaba aquellos ojos verdes en mí, los nervios para impresionar al hermano mayor se apoderaban de mí.

—No me llames así, sabes que siempre he odiado que lo hagas —le contesté apartándome. Él estiró una mano y tiró de una de mis trenzas.

—Entonces ¿por qué siempre vas con estos trastos? —dijo arrancándome uno de los lazos. Por suerte la gomilla se quedó en su sitio.

—¡Devuélvemelo! —le dije enfadándome.

Él se rio de mí y se metió el lazo en el bolsillo.

—Déjala, T, que la vas a hacer llorar —dijo Taylor, cogiendo mi mano y tirando de mí. Se la apreté con fuerza, odiando aquellas lágrimas que amenazaban con desbordarse. Seguí a Taylor y empezamos a correr. Thiago se puso serio y adoptó su papel de hermano mayor cuando llegamos al pequeño riachuelo que separaba nuestras casas y la de nuestro tacaño vecino. Era muy angosto y el día anterior habíamos puesto una tabla que nos sirviera como puente para así poder cruzar. A Taylor no le gustaba nada el agua desde que una vez estuvo a punto de ahogarse, por eso fue Thiago quien cruzó primero para poder ayudarnos. Cuando rechacé la mano con la que intentó ayudarme, juro que vi un deje de orgullo en sus ojos verdes.

Poco después estábamos junto a la casa del señor Robin. Todo era tan emocionante... Para una cría de diez años aquello era el acto de valentía más grande que se pudiese hacer.

Thiago se agachó junto a la pequeña ventana rota que había en la parte baja de la casa. Aquel cristal lo habíamos roto nosotros jugando a la pelota y el señor Robin nunca lo había arreglado. Mirando dentro habíamos podido descubrir que allí se guardaban todas las golosinas y chocolates

habidos y por haber... Aquello era mejor que cualquier tesoro que jugábamos a encontrar, aquello era de verdad.

—¿Quién baja primero? —preguntó Thiago, mirándome a mí e intentando ocultar su sonrisa.

—Tú eres el mayor, así que tú. —Lo miré con seriedad e intentando parecer mayor de lo que era.

—De acuerdo —dijo este sonriéndole a Taylor y después mirándome a mí—, pero no hace falta que bajemos los tres, con dos bastará. El otro se queda vigilando y le pasamos la mercancía.

La mercancía, a Thiago le encantaba utilizar palabras que a mí ni se me hubiesen pasado por la cabeza. ¿Qué mercancía? ¡Eran chuches!

Taylor y yo nos miramos, indecisos y temerosos de seguir adelante. Yo estaba muerta de miedo, todo estaba oscuro y el viento hacía que los árboles se moviesen de forma extraña. Aunque no lo hubiese admitido jamás, le tenía un miedo atroz al señor Robin, así que prefería bajar y estar con Thiago que quedarme allí sola en medio del jardín donde cualquier cosa podía ocurrirme.

—Yo iré contigo —dije, antes de que Taylor dijese lo mismo.

—Muy bien. Entonces, T, tú te quedas aquí fuera —le dijo Thiago, imitando la forma en la que Taylor le llamaba a él. Al principio fue muy confuso, pero con el tiempo me terminé acostumbrando. Era una cosa de hermanos, y de padre, puesto que todos llevaban un nombre que empezaba por T.

Thiago metió la mano por el agujero y quitó la trabilla de la ventana. Esta hizo un poco de ruido, que con tanto silencio pareció resonar por toda la casa.

—¡Chis! —le dije, abriendo los ojos y sintiendo un nudo en el estómago. Si nos pillaban...

La ventana se abrió y Thiago se asomó para ver el interior.

—Estamos muy arriba. Me apoyo en la mesa y te ayudo a bajar.

Asentí mirándolo nerviosa cuando introdujo las piernas por la ventana y saltó de forma limpia sobre la mesa que había allí.

—No tardéis mucho —me dijo Taylor con sus ojos azules, relucientes y asustados.

Entonces me tocó a mí. Introduje mis piernas por el hueco y supe que ni muerta habría podido bajar allí sola si no hubiese sido por Thiago que, al contrario que Taylor y yo, había crecido de forma asombrosa ese verano, sacándonos casi una cabeza a ambos.

Cuando Thiago me soltó sentí algo asombroso al vernos allí metidos y juntos, una conexión increíble que solo se consigue cuando estás haciendo algo peligroso. Nos sonreímos mutuamente cuando vimos las estanterías llenas de chocolates, golosinas y pasteles.

—Vamos, Kam —me dijo, ayudándome a bajar de la mesa. Nos apresuramos a coger todas las chuches que pudiésemos y a meterlas en nuestras respectivas mochilas. Aquello era el paraíso de cualquier niño: tantas golosinas y todas al alcance de nuestras manos. Cuando ya teníamos las mochilas a rebosar, escuchamos un ruido.

Me giré automáticamente hacia Thiago, con los ojos abiertos del miedo y la excitación.

—Se ha despertado —dijo Thiago mirándome alarmado.

Otro ruido.

Ambos dejamos lo que estábamos cogiendo, cerramos las mochilas y nos acercamos a la ventana. Thiago le pasó las mochilas a Taylor lo más deprisa que pudo.

—¡Ve yendo, ahora te alcanzamos! —le dijo en un susurro alarmado. Taylor asintió asustado y salió corriendo con las dos mochilas auestas. Miré a Thiago, que tenía que ayudarme a subir para poder salir de la ventana.

—¡Ayúdame! —le dije cuando vi que se giraba hacia mí con una sonrisa en la cara.

—Antes quiero algo a cambio —me dijo el niño del demonio.

—Ya te daré mi chocolate, pero ¡tenemos que salir de aquí! —dije con miedo de que el señor Robin nos pillase.

—No quiero tu chocolate, quiero un beso... tuyo —contestó dejándome totalmente descolocada.

—¡Qué asco, ni muerta! —le contesté por instinto.

Él se giró y colocó las manos para impulsarse hacia arriba.

—Pues aquí te quedas —me soltó preparado para saltar.

—¡Espera! —le dije cogiéndole de la camiseta y tirando para que no me dejara. De repente, sin saber por qué, pensar en un beso de Thiago me dio algo más que asco..., me despertó curiosidad.

—¿Vas a dármelo? —me preguntó mirándome fijamente.

Por mi mente de niña de diez años se cruzaron mil pensamientos incoherentes, pero no pude evitar sentir una sensación de vértigo en el estómago cuando lo acerqué hacia mí.

Y entonces juntó sus labios con los míos. Fue muy raro y cálido y asqueroso, pero nunca llegué a olvidar ese momento y mucho menos el brillo en la mirada de Thiago cuando se separó de mí y, con una sonrisa radiante, me ayudó a salir de aquel infierno lleno de chuches. Corrimos como locos cogidos de la mano hasta alcanzar a Taylor. Aún recuerdo la emoción y la alegría cuando finalmente pudimos ver nuestro botín.

Esa noche fue mi primer beso... y nuestra última aventura.

1

KAMI

Siete años después...

Nada más abrir los ojos aquella mañana de 1 de septiembre, noté un cosquilleo extraño en el estómago, una sensación que quería hacerme creer que las cosas, a lo mejor, podían llegar a ser diferentes ese año. No es que tuviese especiales ganas de empezar mi último curso en el instituto, pero sí deseaba volver a la rutina. Haberme pasado el último mes de veraneo con mis padres y mi hermano pequeño había terminado por agotar mi paciencia. ¿Por qué nuestros padres insistían en querer compartir un mes de playa cuando apenas se soportaban?

Estaba segurísima de que no era mi madre la que seguía insistiendo en compartir las vacaciones. Sabía casi al cien por cien que era cosa de mi padre, Roger Hamilton, quien todavía insistía en creer que nuestra familia no estaba rota por completo.

Y yo no iba a pincharle la burbuja... No de nuevo, al menos.

Aquel pensamiento me hizo bajar la mirada hacia mi muñeca casi de forma automática. Mis ojos, como acostum-

braban a hacer más de una vez al día desde hacía años, se centraron en aquella cicatriz que adornaba mi piel: un triángulo perfecto se distinguía de un color más claro al resto de mi piel, ligeramente bronceada por el sol. Aún podía recordar lo mucho que me había dolido hacerlo y, a pesar de los años transcurridos, cada vez que la miraba un pinchazo de dolor me atravesaba el pecho, un dolor que no era solo físico. ¿Cómo podía cambiar todo de repente? ¿Cómo podíamos pasar de ser simples niños inocentes a niños cuya infancia se ve marcada para siempre?

Borré de mi mente la imagen que se materializó frente a mis ojos y me ordené a mí misma no volver a deprimirme por algo que había pasado hacía ya tanto tiempo.

Me bajé de la cama y me metí en el cuarto de baño que había en mi habitación. Todo estaba impecable, nada estaba fuera de lugar. A veces me molestaba tanto regresar a casa y ver que nada estaba donde yo lo había dejado que las ganas de gritar y mandarlo todo a la mierda casi podían con mi personalidad callada, sumisa y perfecta que siempre le dejaba ver a todo el mundo. Si alguien supiese cómo era yo en realidad...

Me lavé la cara y los dientes y me cepillé el pelo con lentitud, observando mi rostro y los rasgos que me definían. No me disgustaba mi aspecto, pero me hubiese gustado no parecerme tanto a mi madre. Había heredado el mismo pelo rubio, un poco ondulado en mi caso, y los mismos hoyuelos en las mejillas. Mis ojos, al menos, no eran como los de ella, de un celeste impecable, sino que eran marrones como los de mi padre, con espesas y largas pestañas. Había tenido la suerte de solo tener que llevar bráquets durante un año, por lo que mis dientes estaban perfectamente alineados desde que había entrado en secundaria. Aunque, claro, tenía complejos igual que todos, complejos que además mi madre no se cortaba un pelo en hacerme notar. Por ejemplo, al cumplir los quince empecé a tener acné... Era lo normal en chicas de esa edad, incluso

amigas mías a día de hoy siguen enfrentándose a ello en su cotidianidad. Obviamente había odiado esos puntos rojos que sin sentido habían parecido acoplarse a mi barbilla o a mi frente, pero mi madre había hecho de ello un mundo. Me hizo acudir a cinco dermatólogos, cambiar mi dieta casi por completo y someterme a un tratamiento que le costó una fortuna.

Dos años después tenía la piel como un melocotón... y aun así, seguía maquillándome para ir al instituto, no fuese a enseñarle al mundo mis ojeras o algunas de mis pecas. Kamila Hamilton siempre tenía que estar perfecta, al igual que su madre, que era la reina de hielo, alta, rubia, extremadamente delgada y elegante, obsesionada por su aspecto. Siempre manteniendo la calma delante de las personas. Nunca la había visto perder la compostura... Bueno, solo aquella vez, aquella maldita vez en la que la curiosidad que tenía de pequeña lo cambió todo.

Junto al tocador que estaba al lado de mi armario había un maniquí con un vestido suelto de color azul marino. Me encantaba, era sencillo y demasiado caro, como todas las prendas que invadían mi armario. Me hubiese gustado estrenarlo para ir a cenar o acudir a una fiesta, no para el primer día de instituto. Pero así era mi madre: las cosas que me compraba ella venían acompañadas de alguna cláusula externa, como por ejemplo ser ella quien decidía cuándo debía ponérmelo. No había nada que yo pudiese hacer para cambiarla: tenía que mantener las apariencias por encima de todo y yo simplemente estaba demasiado cansada para luchar contra mi madre.

Me maquillé y me vestí. El vestido era corto, pues hacía como unos cuarenta grados allí afuera, e iba acompañado de unas bonitas sandalias blancas, color que favorecía a mi piel ligeramente bronceada.

Me gustó el reflejo que vi en el espejo, aunque no la persona que me devolvía la mirada. ¿Por qué estaba tan triste? ¿Por Dani?

Con él las cosas no habían terminado bien el verano anterior... Aún recordaba aquella noche como una de las peores noches de mi vida. ¿Por qué demonios lo había hecho? ¿Por qué demonios había cedido ante algo que no estaba preparada para hacer?

Dani y yo habíamos empezado a salir el día de mi decimoquinto cumpleaños. Desde Thiago no había vuelto a besarme con nadie y Dani fue el único con el que decidí volver a hacerlo. Desde ese día nos volvimos inseparables, aunque lo que comenzó como una relación normal de instituto terminó convirtiéndose en un compromiso ridículo en donde nuestras familias empezaron a planificar nuestras vidas y a decirnos qué debíamos hacer en cada momento. Dani era el hijo del alcalde del pueblo y mi padre era el abogado y gestor que le llevaba su fortuna. Mi padre había estudiado en las mejores universidades, se graduó *summa cum laude* en Yale y se doctoró en Gestión e Inversiones en Bolsa por la Universidad de Nueva York. Gestionaba la fortuna de muchos empresarios, incluidas las de los pocos que habitaban en nuestro pequeño pueblo de Carsville. Viajaba mucho y lo veíamos poco, pero era el hombre que más quería en este mundo.

Para mi madre, reina de las apariencias, que su hija saliera con el hijo del alcalde era como estar en Disneyland. Al principio me había encantado poder contentarla con algo por fin, pero con el paso del tiempo la relación con Dani terminó convirtiéndose en una jaula donde yo no tenía ni voz ni voto. Aunque Dani pasaba bastante de sus padres, también sufría la presión de las apariencias, como yo. Lo que una vez fue un chico dulce, muy guapo, al que había querido con locura, terminó convirtiéndose en alguien malhumorado, a veces de carácter muy fuerte que solo pensaba y vivía por y para el sexo. Lo quería, mucho, pero ya no estaba enamorada de él... Y menos desde lo que sucedió la última vez que nos vimos.